



entreUnos

Lo que queda fuera de los talleres

Lo que queda fuera de los talleres. ¿Qué ingreso posible? Para algunos seres hablantes sólo existen modos extremos de hacer con lo insoportable de habitar el mundo, pero al costo de impedir la entrada por los circuitos habituales de la cigarra. Aún con el desconcierto inicial que ello provoca en los analistas, *no ceder en la búsqueda para dar ingreso a ese rechazo sostiene la creencia en un sujeto por venir*. Que al encontrarse con la función deseo del analista, fuera o dentro, ya no estará solo en la apuesta al trabajo.

De un primer encuentro... supuesto, para que algún encuentro posible advenga.

M no habla, deambula por los alrededores del centro de salud, con la mirada errática -porque M ve, pero no te mira-. De repente un sonido fuerte resalta del bullicio del lugar, gira la cabeza, se detiene un instante -porque M oye, pero no te escucha-, y sigue con su andar. Circula, por los alrededores del centro. Por los alrededores, para nosotras, pero para M, ¿existe un adentro, un afuera?, ¿existen los alrededores? En su caminata va encontrando por el suelo pequeños objetos, restos diversos que él encuentra y se lleva a la boca, pareciera que no le importa mucho qué entra ahí. De pronto se detiene en un rincón, encuentra piedras que arroja incansablemente al otro lado de la reja. Si se lo detiene, acontece el desarme: cae desplomado al piso, grita, llora, el corazón late a un ritmo vertiginoso. Si uno se acerca para intentar calmarlo, provoca exactamente lo contrario: su cuerpo se tensa más, se revuelca en el piso, lucha por deshacerse de eso que lo invade, en su batir de piernas vuelan sus zapatos y parte de su ropa, se muerde, no para... Entonces uno, impotente, se aleja y de inmediato algo cesa: su cuerpo se detiene, se levanta rápidamente y corre en busca de una piedra, una piña caída en algún rincón del jardín, un objeto cualquiera pero con peso, lo toma y reanuda su lanzar y en ese mismo acto él también se (re)arma.

M. nos confronta con el hecho de que para el ser hablante no va de suyo tener un cuerpo, hacer uso de la palabra, estar con otros, dirigirse a otro, que haya Otro. En definitiva, que el mundo que habitamos, con sus coordenadas temporo-espaciales que lo organizan y le dan estabilidad, no es en absoluto un dato primero. Será, en todo caso, un punto de llegada, algo a construir.

La apuesta inicial: suponer un sujeto allí

Depuestos los prejuicios, los presupuestos y las demandas, nos pusimos manos a la obra, buscando la huella del sujeto. Así, en su lanzar incesante la analista supuso el índice de un trabajo subjetivo, es decir, la forma en que el sujeto realizaba un tratamiento de lo insoportable. Se hizo de ese detalle un punto de partida, soportando no saber en qué consistía el mismo, ni qué lo motivaba, ni qué hacía necesaria su repetición al infinito, pero con una sola constatación: forzarlo para que se detuviera, sumía al sujeto en la más profunda angustia.

Al comienzo, los objetos que tiraba le resultaban indiferentes, M no consentía con la propuesta de tirar cierta **cantidad**, o de hacerlo en un **lugar** específico o siguiendo una **dirección** particular. ¿Cómo intervenir entonces?, ¿desde qué lugar? Primera pista: quizá de lo que se trataba era justamente de eso: de armar(se) lugar. Lugar para el analista allí y lugar en tanto tratamiento del espacio; armar espacialidad. ¿Acaso su arrojar incansable no podría leerse como intentos fallidos por producir, cada vez, algún orden de exterioridad posible?

Es así que la primera forma de la presencia del otro con la cual consintió M fue *una mano que le pasaba semil-as*, y esta anticipación fue el primer modo de incidir sobre los objetos que lanzaba, introduciendo la selección. Recorte

en acto, pero también a través de la palabra que acompañaba ese lanzar, “aquí tienes”, “allá va”, emergencia de adverbios de lugar que marcan la distancia entre el sujeto y el objeto. Categorías que la analista hace pasar por la palabra y con ello dándole valor de existencia en tanto apuesta. Pues, parecía que para M no existía ni un “aquí”, ni un “allá”, ni un objeto que se separa del cuerpo y fuera de uno a otro, sino un simple y puro lanzar. El objeto una vez arrojado, dejaba de interesarle, no importaba dónde caía, ni qué pasaba con él. Parecía que simplemente dejaba de existir.

Redoblar la apuesta: el taller de lanzamiento, un taller a la medida del sujeto.

Se decide como estrategia armar un taller a la medida de M y su trabajo. Si él no puede estar adentro, entonces funcionará afuera, espacio que para él pareciera ser más habitable. Nace así el *taller de lanzamiento*, coordinado por más de una analista, donde la apuesta será poner a trabajar eso que hemos destacado como índice del sujeto y al mismo tiempo acompañarlo hasta tanto él pueda encontrar el modo, vía alguna invención posible, de servirse de los otros talleres de la cigarra.

Lo que orientó el trabajo fue intentar producir bordes que permitan circunscribir un espacio recortado donde localizar el lanzamiento, en tanto posible práctica de extracción, y, por qué no, ese *en más de goce* que M. pareciera intentar tratar. Es en esta dirección por donde orientamos nuestra lectura, provisional por cierto, que en tanto tal, sostiene la pregunta permanente como motor para pensar y repensar este dispositivo y lo que allí va teniendo lugar. Así, con la creación y puesta en marcha del taller se abre un espacio otro, segundo, diferencial al de su tratamiento individual, aparece el “dos” y con ello la discontinuidad. Lo idéntico de la respuesta de M, va sufriendo mutaciones y su trabajo en cada espacio fue tornándose diferencial.

De lo indiferenciado al armado de circuitos: de trayectos y marcas

Tomaremos dos dimensiones que se presentan articuladas en el tratamiento de M: la constitución del cuerpo y la del espacio. En relación a esto, Laurent se pregunta: *“Qué es un cuerpo cuando los agujeros que lo constituyen funcionan en un espacio subjetivo que “carece de agujero”. Invadido por una excitación, el sujeto no puede, por este motivo, vaciarla en un lugar: él mismo “se” vacía (...) No poder disponer de un cuerpo articulado con agujeros, requiere de costuras particulares del espacio, así como enganches a dobles realizados que suplen la imagen del cuerpo”*¹. Nos apoyamos en esta pregunta para pensar qué estatuto podría adquirir la práctica de lanzamiento de M.

Planteamos que a falta de un espacio recortado y al no disponer de una imagen del cuerpo que funcione como punto de referencia, de borde, a partir del cual se inscriba un interior y un exterior diferenciados, para M sólo la maniobra en lo real de la repetición del lanzamiento pareciera permitirle operar algún tratamiento posible en torno a

1 Laurent, E. (2013). *La batalla del autismo*. Buenos Aires: Grama Ediciones.

esto: producción de algún vaciamiento en lo que se presentaría como no agujerado. Es en este sentido que pensamos su lanzar como un intento, cada vez, aunque fallido -de allí su repetición al infinito- por producir algún orden de exterioridad, punto diferencial entre su cuerpo y el espacio. Pues, si la maniobra se detiene, la consistencia del cuerpo y del espacio se desarman; él se vacía sin contar con un lugar otro donde algo pueda localizarse.

Será alrededor de esa maniobra con el objeto que las analistas van a hacerse partenaires de ese trabajo, para ir produciendo pequeñas variaciones en la inmutabilidad de la acción que sostiene el mundo para M. Así, la dirección de las intervenciones se sostenía en la apuesta porque alguna diferencia se produzca: que el lanzamiento se acote a un espacio recortado, que la palabra a veces articulada al gesto señalen el objeto que se va, desaparece, cae, rebota, que la oferta de objetos distintos al ser lanzados produzca diferentes reacciones.

Luego de un cierto tiempo de trabajo, se dio paso al recorte de dos espacios de lanzamiento con dos objetos rectores: si el espacio lo armaba una ventana, el objeto eran semillitas; si se lanzaba hacia un muro, entonces era con piedras. Este movimiento permite trabajar con los objetos que van pero que también vuelven en el revote contra la superficie que empieza a funcionar de tope. Hasta que un día M, por primera vez, va a buscar un objeto que ha lanzado y es a partir de ese acontecimiento inaugural, en que puede recuperar eso que desapareció del campo de la visión, que el lanzamiento cesa como actividad casi permanente, única, repetitiva y estereotipada. Esto abre al a pregunta sobre si algo allí se escribió psíquicamente y cuál es su estatuto? Pues es a partir de ese momento, que otras maniobras con nuevos objetos pueden ser posibles.

El lanzamiento comienza a acotarse, al tiempo que se producen variaciones en el mismo. Ahora, las analistas ya no están sólo como *una mano que le alcanza semillitas*, sino que M toma la mano de alguna de ellas para hacerla su instrumento, el que recoge el objeto a tirar, “ahí”, donde su mirada pueda seguir el trayecto. Pareciera que se va construyendo “*un espacio –que no es ni del sujeto ni del Otro- donde puede haber intercambios de un nuevo tipo, articulados con un Otro menos amenazador*”².

Vemos un trabajo que va de lo indiferenciado –en el lanzar, en el deambular, en los objetos que se mete en la boca, en los chillidos que no llegaban a ser fonemas – al armado de trayectos, de circuitos, a la elección de objetos privilegiados, a la posibilidad de intervalos, de direcciones, a la existencia de fonemas. A consentir con una presencia del otro, cada vez menos intrusiva, un otro al cual puede empezar a dirigirse para efectuar algún pedido... Un otro empieza a contar.

Un saldo de saber sobre nuestra posición

Suponer un sujeto allí donde lo único evidente es la agitación, connota una posición ética muy clara y una apuesta decidida que ha producido efectos. Ciertamente, no se trata ni de la adaptación, ni de la normalización, ni siquiera del aprendizaje. Suponer un sujeto ahí, es lo que ha permitido que ciertos movimientos subjetivos se produzcan. Es lo que ha hecho que un tratamiento sea posible, asistirlo sin pedirle que sea de otro modo, como decía Haydée Iglesias

2 Ibid, p. 84

en la presentación de la revista *entreUnos* 2014.

Parafraseando a Lacan³, semejante hallazgo no puede ser sino el precio de una sumisión completa, aun cuando sea enterada, a las posiciones propiamente subjetivas del niño. Por supuesto esta docilidad no es sin un trabajo de lectura sobre lo que allí ocurre, lectura que siempre es provisoria y abierta a la contingencia. Es esa apertura a lo contingente, al valor del imprevisto, del acontecimiento lo que ha permitido que algo nuevo se produzca cada vez.

M no (te) habla, M no (te) mira, M no (te) escucha. Es cierto, la mayor parte del tiempo no. Pero ahora, de vez en cuando, hay de lo otro, de esos instantes preciosos donde una voz suavecita se hace escuchar mientras trabajamos con él: “no”, “sí”, “va”, “eso”, “co-co”. Tiene días en los que se lo ve particularmente risueño, es ahí donde suele suceder que, de pronto, se acerca, te busca con una mirada cómplice y una enorme sonrisa: su modo de invitarte a una especie de jugar. Él se aleja corriendo, mira para atrás sonriente y reanuda la carrera, el otro sale a su encuentro y... “te agarré!” Risas de ambos lados se hacen escuchar, marca del encuentro con el otro, un encuentro ya no tan desgarrador. También te mira fijo cuando algo lo enoja, entre gritos y quejas, intenta clavar sus uñas en la mano del que está ahí, a su lado, pero ya no tan fuerte como al principio, ya no es como antes: “Ay! Eso me duele!”, M ahora se detiene. A veces en nuestros insistentes: “M, ¿y la pelota... dónde está?”, él se da vuelta, la busca, “¿me la pasas?”... “¡esa!, ¡muy bien!”. La pelota llegó a nuestras manos. “Uno, dos, tres y... ¡va para M!” Mínimas secuencias en donde eso que va y viene, tienen lugar... a veces, de vez en cuando.

anacris.ramirez@gmail.com

mjgonzalezcatanas@hotmail.com

3 Lacan, J. De una cuestión preliminar a todo tratamiento posible de la psicosis. En *Escritos*. Tomo II. Siglo XXI Editores.